

á los Arabes tan sólo, y no á las razas diversas que han adoptado su culto (1). Con su influencia moral han civilizado á los pueblos bárbaros que habían destruído el imperio romano; con

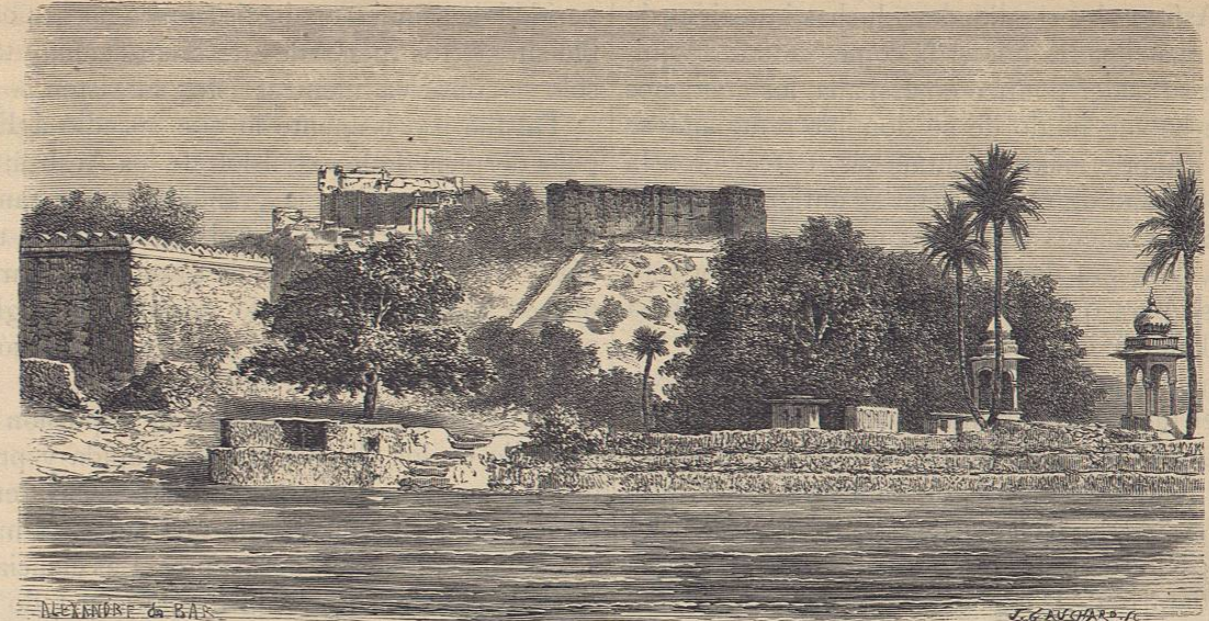
tado próspero de las ciencias en España durante su dominio. Por desgracia las preocupaciones inconvenientes vuelven luego á predominar, y el autor asegura que los sabios árabes no eran verdaderamente árabes, sino gentes de «Samarcanda, Córdoba, Sevilla;» pero como estos países pertenecían entonces á los Arabes, y la sangre, lo mismo que la enseñanza árabe, habían penetrado en ellos desde hacía años, me parece evidente que es tan difícil negar el origen de los trabajos que han salido de sus escuelas, como lo sería negar el de los que verifican los sabios franceses, con pretexto de que sus autores pertenecen á diversas razas, como Normandos, Celtas, Aquitanos, etc., cuya reunión ha llegado á componer la nación francesa.

El eminente escritor parece á veces condolerse de lo mal que trata á los Arabes, terminando la lucha del hombre antiguo y del moderno con la declaración imprevista de que siente no ser discípulo del profeta. «No he entrado nunca en una mezquita, dice Mr. Renán, sin sentir una violenta emoción, y hasta debo añadir, que no he podido menos de condolerme de no ser musulmán.» (N. del A.)

(1) Respecto de esto tengan presente nuestros lectores que los pretendidos Arabes de España no eran más que españoles que habían

su influencia intelectual abrieron á Europa el mundo de los conocimientos científicos, literarios y filosóficos de que no tenía la menor idea, y ellos han sido durante 600 años nuestros civilizadores y maestros.

abrazado el mahometismo, pues los Arabes que habían traído los conquistadores primeros no eran sino Berberiscos semi-bárbaros, y los que vinieron después, salvo algunas excepciones, no procedían de otro punto que de las costas del Norte de Africa y no eran por consiguiente más que Berberiscos. Los Arabes, propiamente dichos, que llegaron á España durante los 800 años del islamismo español, fueron tan escasos, que quedaron en seguida absorbidos por la raza española, mucho más fácilmente que los que fueron á Egipto, á pesar de que aquí llegaron en muchísimo mayor número. Por consiguiente, la influencia de los Estados mahometanos de España sobre Europa en civilización, ciencias, letras, etc., no se debió á los Arabes, según dice el autor, sino á Españoles musulmanes; y en cuanto á la comparación que hace con los Celtas, Normandos, Aquitanos en la nota anterior, le diremos que es absurda, porque los españoles mahometanos eran completamente independientes, hallándose respecto de los demás Estados árabes, como los franceses de hoy respecto de los ingleses, alemanes, austriacos, etc. (N. del T.)



LIBRO SEXTO

DECADENCIA DE LA CIVILIZACIÓN ARABE

CAPÍTULO PRIMERO

LOS SUCESORES DE LOS ÁRABES

I

LOS SUCESORES DE LOS ÁRABES EN ESPAÑA

Uno de los mejores medios de apreciar el efecto benéfico ó perjudicial que un pueblo ha ejercido sobre otro consiste en examinar lo que éste fué antes de estar sometido á aquella influencia, durante ella, y después. Lo que fueron los pueblos invadidos por los Arabes, antes de aquellas invasiones y durante el dominio del invasor, lo hemos ya demostrado suficientemente; lo que ahora nos resta es buscar lo que fueron al desaparecer los Arabes de la escena. Comenzaremos por España.

Cuando los cristianos hubieron reconquistado á Granada, último asilo del islamismo en Europa, no pensaron en imitar la tolerancia que con ellos habían tenido los Arabes durante tantos siglos; y, á pesar de los tratados, los persiguieron cruelmente; aunque sólo al cabo de un siglo resolvieron expulsarlos á todos. Su superioridad intelectual sobre los Españoles los colocaba, á pesar de las persecuciones, á la ca-

beza de todas las industrias, por cuyo motivo éstos les acusaban con razón de haberse apoderado de ellas.

El pueblo no reclamaba más que la expulsión. Pero el clero pedía algo más radical, queriendo que los degollasen á todos, sin perdonar mujeres, viejos y niños. Felipe III adoptó un término medio, reduciéndose en 1610 á decretar su expulsión; bien que dando órdenes secretas para que la mayor parte fuesen exterminados antes de salir de España, como en efecto sucedió, quedando destruídas cosa de unas tres cuartas partes de los desterrados.

Terminados los degüellos y expulsiones hubo una alegría general, pareciendo que España iba á entrar en una nueva era.

Efectivamente nacía una nueva era, pues esa destrucción en masa, única en la historia (1), tuvo consecuencias importantísimas, que apreciaremos volviendo los ojos á algunos años atrás, y viendo lo que España fué cuando se extinguió el poder de los Arabes.

(1) Después del millón de Albigenses exterminados por los franceses. (N. del T.)

Así que las rivalidades y luchas intestinas de los musulmanes hubieron comenzado á desquiciar su poder político en España, los cristianos que habían huído de su dominio refugiándose en las provincias montañosas, entrevieron la posibilidad de reconquistar su antiguo imperio.

Sus primeras tentativas no fueron afortunadas, pero era demasiado intenso su ardor religioso para que quedasen abatidos; y á fuerza de batallar continuamente durante siglos, haciendo de la guerra su única ocupación, llegaron á ser tan diestros militares como los Arabes; y favorecidos por las disensiones de éstos, pudieron fundar una serie de reinos, que cada día se engrandecían; y cuando después de ocho siglos de combate, la monarquía española logró apoderarse de la capital del último reino árabe, Granada, y reunió á la península en una sola haz, entonces fué la primera potencia militar de Europa (1).

Los dos soberanos que sucedieron á Fernando, á saber, Carlos V y Felipe II, fueron tan hábiles como su antecesor, y la época que comprende desde la toma de Granada hasta la muerte de Felipe II tuvo una grandeza que no debía continuar ni volver.

Aunque los Arabes, durante este período, hubiesen sido más ó menos perseguidos, habían continuado en el país, desempeñando un papel importantísimo con su superioridad intelectual. Los únicos sabios, industriales y negociantes del país eran árabes; pues los españoles profesaban el más soberano desprecio por toda profesión que no fuese eclesiástica ó militar (2).

La península contenía entonces dos poblaciones diferentes, que contribuían de un modo diferente á su grandeza: los cristianos, poseedores del poder militar, y los Arabes, poseedores de toda la parte material de la civilización. Estos dos elementos son indispensables, pues si basta el poder militar para fundar un imperio, es impotente por sí solo para arraigarlo. La pros-

(1) Toda esa historia de la reconquista es una pura novela que indica el escaso criterio histórico-político del autor, quien toma por sucesos las leyendas de los frailes de la Edad media. Véase nuestras notas anteriores. (N. del T.)

(2) Estas aserciones son absolutamente falsas. El único papel desempeñado por los Arabes en este período fué agrícola, industrial y artístico en todo lo referente á las artes aplicadas á la arquitectura y á la industria. Después de Granada, no hubo ya sabios árabes en España; si en Castilla se tenía en menosprecio el comercio, no así en los Estados de la Corona de Aragón, y aquel menosprecio no impedía que en la misma Castilla hubiese mucha industria de tejidos y no poco comercio, desempeñados por comerciantes castellanos. También había en la misma Castilla hombres de ciencia y letras castellanos; sólo que éstos gozaron de mucho prestigio en tiempo de Carlos V, y de poco en el de Felipe II, recobrándolo en el de Felipe III y Felipe IV.

(N. del T.)

peridad de semejantes instituciones no es posible sin ciertos materiales de civilización, y tan sólo se conserva mientras éstos subsisten.

Tal fué precisamente lo que sucedió á España después de la expulsión de los Arabes; la decadencia sucedió á la grandeza, y con tanta mayor rapidez, cuanto que el Estado ya no tenía al frente aquella serie de grandes militares que se habían eslabonado durante un siglo; privado del poder militar y de la civilización, el país todo lo perdió á un tiempo.

La decadencia que siguió á la expulsión y degüello de los Arabes fué tan rápida y profunda, que cabe decir que la historia no tiene otro ejemplo de un pueblo que llegase á mayor postración en tan pocos años. Las ciencias, las artes, la agricultura, la industria y todo lo que constituye la grandeza de una nación desaparecieron rápidamente. Las grandes fábricas se cerraron, la tierra dejó de ser cultivada, y las campiñas quedaron desiertas: incapaces de prosperar sin agricultura, ni industria, las ciudades se despoblaron con una rapidez sorprendente. Madrid, que tenía 400,000 habitantes, quedó luego reducida á la mitad; Sevilla, que poseía 1,600 telares que daban de comer á 130,000 personas, no tuvo más que 300, perdiendo las tres cuartas partes de sus habitantes, según informe de las Cortes á Felipe IV; de 50 manufacturas de lana, Toledo se quedó con 13; y las fábricas de seda que hacían vivir á 40,000 personas desaparecieron completamente. Lo mismo ocurrió en todas partes, y grandes ciudades como Burgos, Segovia y Córdoba, poco después, parecieron desiertas. Las mismas manufacturas que sobrevivieron á la salida de los Arabes, aunque escasas, desaparecieron también con rapidez. Todas las industrias se perdieron de tal modo que cuando á principios del siglo XVIII se quiso establecer en Segovia una manufactura de lana, fué necesario llamar obreros de Holanda.

Esta brusca desaparición de la industria y de la agricultura produjo naturalmente una profunda miseria, y España cayó en pocos años en la más profunda decadencia (3).

(3) Todo esto es de una fantasía ridícula que llega hasta lo grotesco. El autor supone que en España los españoles musulmanes representaban las artes, la ciencia, las letras, la agricultura, la industria y el comercio, y los españoles cristianos las armas; que aquéllos daban el dinero, y éstos lo empleaban en conquistar el mundo; de modo que expulsados los españoles mahometanos se acabó el dinero por haberse acabado el arte, la ciencia, la agricultura, etc. Basta recordar los indescriptibles apuros de dinero en que continuamente se hallaron Fernando el Católico, Carlos V y Felipe II, para echar abajo toda la burda trama del autor francés, demostrando que la existencia de los ma-

Tantas calamidades acabaron luego con la energía y vitalidad de todos, de modo que aquel imperio antes tan vasto, que de él pudo decirse que jamás se ponía el Sol en sus dominios, hubiera caído luego en la más negra barbarie á no haberle salvado una dominación extranjera. Postrado completamente, tuvo que resignarse, para subsistir, á dejarse mandar por franceses, italianos, alemanes, etc.; los cuales le dirigieron así en política, como en administración, industria y comercio. A pesar de esto, el reinado de Felipe V y la administración completamente extranjera que se vió obligado á establecer lo mismo que sus sucesores, no pudieron dar á España sino una vitalidad apa-

hometanos españoles en la península no tenía la trascendencia que afirma. Además, el autor confunde á Castilla y á Andalucía con el resto de España; y todavía no habla exactamente de estos puntos. Suponer que los moriscos representaron en España la civilización desde la caída de Granada hasta Felipe III, es uno de aquellos disparates que no tienen calificativo, pues hasta el adjetivo grotesco es flojo. Con la caída de Granada salieron de esta población los pocos hombres que representaban en la última corte musulmana el arte, la ciencia y la poesía; y si alguno quedó, no tardó mucho en desfilarse hacia el África. También se marchó gran parte de la aristocracia y de la clase media pudiente. Los que permanecieron fueron algunos industriales, y una masa de obreros y de pequeños agricultores, gente que no emigró por la dificultad de vender sus haciendas, ó por la de emigrar con suficientes recursos. Aunque todos éstos fuesen, como eran, trabajadores asiduos, que sabían perfectamente su deber, no representaban el arte aplicado á la industria, ni la ciencia aplicada á la agricultura, sino la práctica denodada de lo que habían aprendido. Estas masas vivían aisladas de los cristianos; evitaban la vida pública, y terminados sus quehaceres se encerraban en sus casas, cuyas puertas no abrían sino para recibir á algún correligionario. Vivían con muchísima economía, fingiéndose pobres los que no lo eran, y mucho más pobres de lo que lo eran los que vivían de su trabajo. No compraban nada sino á sus mismos correligionarios, considerándose enemigos acérrimos de los demás españoles; lo cual éstos les pagaban con los mismos sentimientos.

Esto en cuanto á los moros de Granada y su reino; pues respecto á los de las comarcas de Córdoba, Sevilla, Valencia y Toledo, aunque eran gente de la misma clase y de igual instrucción rutinaria, se mezclaban ya con los españoles cristianos, se casaban con ellos, trabajaban juntos y comenzaban á refundirse. Muchísimos de éstos, cuando la expulsión, pudieron quedarse en España. En el reino de Valencia sufrieron los que por hallarse más cerca del Mediterráneo, habían conservado demasiado el carácter mahometano; que respecto á los demás, que en gran número poblaban el reino, se habían ya confundido algunos siglos antes con la población cristiana. Lo mismo sucedió en Cataluña y Aragón. En Galicia, Asturias, País vasco y Navarra no había moriscos, aunque hubiese agricultura.

En resumen, la expulsión privó á España de algunos artistas medianos y de un buen número de excelentes agricultores é industriales de práctica y de muchos negociantes hábiles; lo cual fué funesto para algunas ciudades y para alguna provincia, perjudicial para algunas otras, y un daño regular para todo el país; pero es absolutamente falso que dejara á España despoblada, inculta é ignorante, y que de esto proceda la gran decadencia en que cayó; pues esa decadencia comenzó en tiempo de los Reyes Católicos, y durante los reinados de Carlos V y Felipe II tomó un desarrollo extraordinario; debiéndose principalmente á las causas siguientes: 1.º descubrimiento del cabo de Buena Esperanza por los Portugueses, lo cual arruinó el floreciente comercio de los catalanes en Oriente, empobreciendo á toda la Corona de Aragón; 2.º descubrimiento de América, que sangró considerablemente la población hispano-cristiana, que no era muy numerosa; 3.º prohibición á los catalanes de comerciar con América, lo cual arruinó toda la marina catalana; 4.º política internacional contra Europa, desde Fernando hasta Felipe III, sirviendo de base España para empresas insensatas y ruinosas; empresa de los reyes castellanos contra las libertades españolas, no vacilando en arruinar todas las autonomías municipales, comarcales y regionales para reducir el país á una soberanía absoluta,

rente (1). Era imposible volver á levantar el país de su postración. España tuvo aún soberanos notables como Carlos III; en ciertos momentos tuvo cierta prosperidad ficticia cuando este monarca llamó del extranjero sabios é industriales; pero todo inútil, porque los muertos no resucitan. Los Arabes habían desaparecido, la Inquisición había eliminado con selecciones continuas todas las inteligencias que pasaban de la medianía, y aunque España tuviese habitantes, no poseía ya hombres.

Todos los escritores de la época que visitaron el país están conformes en reconocer que el nivel intelectual del mismo era bajísimo; y á fines del siglo XVII la ignorancia era tan general como crasa. Un país que en tiempo de los Arabes había ilustrado al mundo, no poseía una sola escuela donde se enseñasen las matemáticas y las ciencias físicas; y un autor español, Campomanes, asegura que hasta 1776 no había en la península un solo químico capaz de fabricar los productos más sencillos. Tampoco se hubiera hallado un individuo capaz de construir un barco ó una vela siquiera.

La terrible Inquisición había logrado consumir su obra. No había en toda España más libros que los de devoción, ni otras ocupaciones que las religiosas. Nadie conocía los descubri-

aunque fuese á costa de guerras civiles largas y costosas; 5.º profunda antipatía que había en la nobleza castellana por el trabajo agrícola é industrial, y predominio que esta nobleza fué adquiriendo en España, á medida que desaparecieron las autonomías de Castilla, Aragón, Valencia y Cataluña; 6.º importancia que tomó la teocracia española, con la fundación del Santo Oficio, instituido por Fernando é Isabel y perfeccionado por Carlos V y Felipe II con objeto de que les ayudase á conservar la unidad de España, procurando la unidad católica y manteniéndola una vez alcanzada; lo cual coadyuvaba también á darles fuerzas para acabar con las libertades políticas; y 7.º y último la expulsión de los moriscos, motivada por la hostilidad con que los granadinos y los de las costas trataban á los cristianos — lo cual era natural; — por los tratos que tenían con los turcos y los piratas argelinos para sublevarse, ó para entrar á saco las poblaciones cristianas de la marina, cosa que ocurría todos los días; y respecto de los demás, y de los anteriores en general, causada por el profundo odio que infundían contra el mahometismo las luchas con los turcos y los Argelinos, y á la rapacidad de Felipe III y de los magnates de su corte, que imaginaron llenarse de riquezas, robando á aquellos desdichados todas sus haciendas. Si Mr. Le Bon hubiese estudiado la historia de España, hubiera visto todo esto, librándose de correcciones que sentimos imponer á su libro. Pero tratándose de autores franceses que se ocupen de España, es imposible evitarse un raudal de majaderías, que á uno le dejan estupefacto. (N. del T.)

(1) ¡Ay! La única cosa que hicieron aquellos Borbones y sus camarillas extranjeras fué acabar con los restos de libertad que aun había y organizar fuertemente el despotismo real y administrativo de unos pocos sobre el país español. Bien es verdad que entre los reyes nulos que durante todo el siglo pasado fué produciendo esta dinastía, descolaron algunos ministros españoles que gobernaron mejor que los aventureros que habían llegado del extranjero con objeto de enriquecerse; pero el absolutismo que había consumado y consolidado la dinastía borbónica en España tenía tan postrados y adormecidos á los españoles que aquellos ministros se estrellaron. Era necesario la libertad para resucitar á España, y esa libertad no la podían ellos devolver.

(N. del T.)

mientos más notables, como los de Newton, de Harvey, etc.

Un siglo y medio después del descubrimiento de la circulación de la sangre, los médicos españoles todavía no habían oído hablar de él; y el nivel de sus conocimientos se infiere del curioso hecho de que habiendo en 1760 propuesto algunas personas limpiar las calles de Madrid de las inmundicias que las obstruían, el cuerpo médico protestó con energía, alegando que como sus padres, que sabían bien lo que se hacían, habían vivido entre aquella basura, podía seguirse viviendo del mismo modo; pues recoger las inmundicias era intentar una empresa, cuyas consecuencias no cabía prever (1).

Los más laudables esfuerzos no han podido hacer salir de su marasmo á ese desdichado país; y hoy mismo no posee industria, ni agricultura (2); y en todo lo que excede del nivel de la medianía intelectual, se ve obligado á dirigirse al extranjero. Extranjeros son los que dirigen sus fábricas, construyen sus caminos de hierro, y le proveen hasta de maquinistas para conducir sus locomotoras. En lo que concierne á las ciencias y á la industria, España lo saca todo del extranjero; y por capaz que sea un gobierno, nada puede para remediar semejantes cosas. Poco importa que sea ó deje de ser liberal. No cabe gobernar sin la opinión pública; y por más avanzado que sea un gobierno español, el pú-

(1) El hecho á que alude el autor es análogo al que pasó en París en 1885 con motivo de la cuestión de los traperos. Hasta aquel año se echaban por la noche las inmundicias domésticas en las calles de París donde continuaban hasta las 9 de la mañana del día siguiente, apesando á la capital durante 12 horas consecutivas. Con esta costumbre se había formado la industria de los traperos, los cuales pasaban la noche y la madrugada recorriendo las calles y recogiendo de la basura lo que les convenía. Al prohibirse en 1885 la costumbre de echar la basura á las calles, hubo una gran algarada en París; saliendo muchos periódicos á defender la continuación de aquella porquería. Grave es lo que pasó en Madrid en el siglo pasado, ¿pero qué diremos de lo de París en 1885? En Madrid se había también formado una industria con aquella mala costumbre. (N. del T.)

(2) Según un trabajo publicado en Madrid en 1882 por don Lucas Malada en el *Boletín de la Sociedad geográfica de Madrid*, España, cuya riqueza agrícola bajo los Arabes era tan grande, tiene hoy el 45 por 100 de su territorio casi completamente improductivo; siendo tan sólo el 10 por 100 fertilísimo. Entre las causas más importantes de este estado miserable se halla la tala casi total de los montes por los habitantes.

Si no consultásemos más que las cifras de la estadística, cualquiera diría que España disfruta desde algunos años á esta parte de una prosperidad notable. Las exportaciones que en el decenio de 1860 á 1870 no pasaron de un promedio de 237 millones, han excedido de 500 en el período de 1870 á 1880; pero cuando se someten estas cifras al análisis, luego se descubre que las causas de esta progresión son completamente accidentales. En efecto, provienen de que habiendo la filoxera destruído más de una tercera parte de las viñas francesas, nuestros comerciantes han debido dirigirse á España para comprar el vino que necesitaban. De 1870 á 1882 el número de hectólitros de vino enviado por ella á Francia se ha elevado de 300,000 á 6 millones; siendo por consiguiente veinte veces más alto en solos 10 años. En 1881 el valor de los vinos comprados por Francia á España ha llegado á 260 millones. (N. del A.)

blico lo será siempre menos que él. España posee las apariencias exteriores de la civilización, pero sólo las apariencias; y la ignorancia es allí tan general como en la Edad media (3). Si la Inquisición renaciese en ella, tendría de su parte á las masas de la nación. El juicio severo, bien que justo, que Burckle, el gran historiador inglés, hizo de ella algunos siglos atrás, es todavía exacto, y lo será mucho tiempo.

«España, dice Buckle, continúa durmiendo, tranquila, indiferente, impenetrable, sin recibir ninguna impresión del resto del mundo, y no haciendo ninguna impresión sobre él. Allí la tenéis en la punta extrema del continente, hecha una masa enorme é inerte, como el último representante de las ideas y sentimientos de la Edad media. Y el más triste síntoma es: que está satisfecha de su condición. Es el país más atrasado de Europa, á pesar de lo cual se cree el más adelantado; está orgulloso de todo lo que debiera sonrojarse; orgulloso de la antigüedad de sus opiniones, orgulloso de su ortodoxia, orgulloso de la robustez de su fe, orgulloso de su credulidad pueril é inconmensurable, orgulloso de su repugnancia por toda mejora en sus creencias y costumbres, orgulloso de su odio á los heréticos, orgulloso de la constante vigilancia con que ha burlado todos los esfuerzos de éstos para establecerse legalmente en el territorio; todo lo cual junto, produce ese triste resultado al cual se da el nombre de España (4).»

(3) De los 16.620,000 habitantes que tiene España, según el último censo, 12 millones, ó sea las tres cuartas partes no saben leer ni escribir. Así resulta de los documentos oficiales. (N. del A.)

(4) Comencemos diciendo que Buckle no estuvo nunca en España, y añadamos que su descripción pudo ser algo cierta entre 1846 y principios de 1854, época en que, dominado el espíritu liberal del país por el terrorismo más desenfrenado, se veía obligado á enmudecer y trabajar ocultamente para recobrar su puesto. Pero hasta aplicada á aquella época, la descripción no puede darse por exacta sino tomando un detallito de aquí, otro de allí, dos de más allá, y haciendo caso omiso de muchos otros, que un hombre perspicaz discierne siempre á primera vista. En aquella época España parecía aquello mismo; pero los extranjeros que tenían talento político y los diplomáticos que ocupaban sitios elevados, sabían perfectamente que una buena parte de la nación protestaba á media voz y que subterráneamente se preparaba un estallido, como en efecto sucedió en el año 1854, en que trono y unidad religiosa corrieron tal peligro de naufragar, que se salvaron por milagro.

Parece que lo que más impresionó á los consejeros del historiador Buckle fué la repugnancia de los españoles, no á tolerar el protestantismo, sino á abrazarlo. Para nosotros esto no es ningún mal síntoma, porque hasta ahora hemos visto que los países más fanáticos é insostenibles son los protestantes, comenzando por Inglaterra.

En cuanto á Mr. Le Bon, le diremos que es muy sensible que después de lo mucho que ha costado á los franceses su ignorancia del estado de los demás países del mundo, no se hayan todavía corregido de ella, ó siquiera no hayan aprendido á librarse de poderse en ridículo hablando de aquellas cosas de las cuales están en la más crasa ignorancia. No hay más remedio: si los españoles queremos andar con los pies, debemos llamar á toda prisa á los Arabes, los cuales con su es-

II

LOS SUCESOSES DE LOS ÁRABES EN EGIPTO Y ORIENTE

Los sucesores de los Arabes en Egipto y gran parte de Oriente fueron los Turcos, según ya es sabido.

Considerados éstos desde un punto de vista político, han tenido sin ninguna duda una época

clavitud y su poligamia, que tan excelentes halla Mr. Le Bon, y su absolutismo teocrático, nos enseñarán á ser hombres. Mientras no hagamos esto, resignémonos á andar á gatas, como andamos desde que los expulsaron los cortesanos de Felipe III.

El autor francés no debe ya de acordarse de que aquel pueblo español que tan envilecido nos pinta, diciendo que después de la expulsión ya no constaba de hombres, sino de habitantes, demostró lo contrario en 1808, dando á los franceses y al déspota de genio que los había sumido en el embrutecimiento político, una terrible lección, que ni el déspota olvidó hasta su muerte, ni Francia olvidará nunca. España contenía entonces unos 10 millones escasos de habitantes, y hoy los ha casi doblado, porque las estadísticas son falsas en atención á que, como en nuestro país se paga al Estado por tipo de población, todas las ciudades, villas y aldeas rebajan cuanto pueden la suya, á fin de pagar menos. En los tipos referentes á la agricultura, industria, comercio y propiedad urbana, nadie ignora en España que hay la tercera parte al menos de riqueza oculta. Si el autor francés hubiese estado en Cataluña sabría que España tiene industria fabril, buena é importante. Si hubiese recorrido las Vascongadas, hubiera visto una industria minera que vale la pena, sin contar la agricultura; y respecto de ésta, cabe decir que hay de todo en todas las provincias, como en la misma Francia, donde no es oro todo lo que se hace relucir. En instrucción sabría Mr. Le Bon que la clase media española es la que tiene en Europa más instrucción universitaria, pues el número de estudiantes de las universidades é institutos españoles supera al de las demás naciones europeas, ó es la segunda de ellas, distando mucho Francia de ser la primera; y que el paso de las filas de la plebe á las de la clase media, por medio de la instrucción, es aquí frecuentísimo, cuando es rarísimo en los demás países. El número de plebeyos iletrados no es tan grande como dicen las estadísticas, pero reconocemos que es grande; y eso se debe en parte á la dificultad y hasta imposibilidad material que en muchos distritos hay de darla por la mucha dispersión de la población.

Si no me equivoco tenemos más kilómetros de ferrocarriles que los italianos, á pesar de ser más costosas estas vías en España, á causa de la falta de habitantes; y los que han construído y dirigen los ferrocarriles han sido ingenieros extranjeros, ó españoles, según las compañías que han predominado: en las fábricas también hay de todo, al revés de lo que asegura el autor; de suerte que hecho el balance de lo que era á últimos del siglo pasado nuestro país y de lo que es ahora, no vacilamos en afirmar que ningún otro ha mostrado tanta vitalidad, ni hecho tales progresos.

Sin embargo, reconocemos que es inferior á muchos en la parte material de la civilización, á pesar de que Italia es muy inferior á ella en esto mismo, como hemos podido ver nosotros viviendo en aquel país largo tiempo; pero nos parece que los franceses son los menos llamados á echarnos nada en cara, una vez que Francia es inferior á Bélgica, Suiza, Holanda, Inglaterra y Alemania, á pesar de sus bravatas y pretensiones.

Sin embargo, lo material, lo á ello concerniente, nunca fué el elemento exclusivo de la civilización de un pueblo. España aporta poco ó nada al movimiento científico del mundo; pero sí Mr. Le Bon conociese nuestras revistas profesionales vería que el país está al corriente de él. España tiene un movimiento artístico y literario del cual se hace caso en Europa, aunque lo ignore Mr. Le Bon. Pero ya dijimos que el elemento de civilización que España tiene más adelantado es el político, por haberse concentrado en su desarrollo todos los talentos de la nación, librándose un enérgico combate que dura desde el año 1815 hasta hoy. Los pueblos que no comprenden la importancia de este elemento son aquellos que, como el francés, pagándose de palabras huecas, soportan durante años y más años el yugo despótico y vergonzoso, se enorgullecen de él, se pavonean de sus propias cadenas y viciosean á sus amos con un embrutecimiento moral é intelectual y una

de grandeza, pues los sultanes, que sucedieron á los emperadores, y reemplazaron en Santa Sofía la cruz griega por la media luna, hicieron temblar durante largos años á los más temibles soberanos de Europa, extendiendo considerablemente la influencia del islamismo. Pero su poder fué siempre exclusivamente militar. En efecto, mostráronse aptos para fundar una gran monarquía, é impotentes para crear una civilización, empleando su mayor esfuerzo en aprovechar la que tenían á la mano; por cuyo motivo todo lo tomaron de los Arabes, las ciencias, las artes, la industria y el comercio. Pero así como éstos brillaron en dichos conocimientos, los Turcos no supieron realizar nunca ningún progreso; y como los pueblos que no progresan, retroceden fatalmente, muy luego han llegado á la decadencia.

El término de la historia de la civilización de los Arabes en Oriente data del día en que los Turcos se apoderaron de este imperio por la fuerza de las armas; y así, aunque aquellos continuaron viviendo en la historia por su influencia religiosa, el nivel de la civilización que habían alcanzado se perdió por la influencia de las razas que les reemplazaron.

Egipto es el país donde la decadencia fué más profunda, comenzando en la época en que las victorias de Selim lo convirtieron en una provincia turca. Las artes, las ciencias y la industria desaparecieron gradualmente. Administrado por gobernadores que duraban poco, y que sólo se cuidaban de enriquecerse á toda prisa, el Egipto, como todas las regiones dependientes del imperio otomano, no hizo más que vegetar; perdió su antiguo esplendor; no construyó ningún monumento nuevo; dejó de conservar los antiguos, de los cuales sólo quedó lo que el tiempo no quiso destruir.

estupidéz de ilotas, que dejan pasmados al espectador. Un país que, como Francia, ha sufrido en medio siglo dos largos reinados de despotismo napoleónico, traído por dos de los más viles pronunciamientos militares; y no sólo no ha tenido ánimo de protestar, ni de conspirar contra ellos, sino que se ha postrado á los pies de aquellos monstruos, lamiéndoselos como un perro; un país que hoy en día no puede aun sufrir la tolerancia política, ahogando con matanzas horribles é incomparables las aspiraciones municipalistas de sus ciudades; un país que no sabe lo qué es democracia, que da este nombre á una forma de gobierno donde no hay más hombre que el Estado, siendo el resto una sombra de nación, harto dice de sí mismo que se halla profundamente atrasado, que ignora todavía lo que principalmente constituye la civilización, y que lo que de ella ha alcanzado no es más que un tenue barniz, una mera apariencia, para contentar á los badulaques que toman los accesorios por cosa principal. Si Francia continúa disfrutando en lo científico y material del nivel que ahora posee, y logra ir progresando en lo político, dentro de cincuenta años será quizá una nación verdaderamente civilizada, un pueblo constituido con solidez é instruído en todo. Hoy no sólo no lo es, sino que ni siquiera los escritores franceses tienen conciencia de ello. (N. del T.)